

PRIMAVERA SILENCIOSA

EDUARDO DE JUANA. Presidente de SEO/BirdLife

Sobre áreas cada vez más amplias de Estados Unidos la primavera viene ahora sin el anuncio del retorno de las aves y las madrugadas resultan extrañamente silenciosas donde antes se llenaban de la hermosura del canto de los pájaros.

A sí comienza el octavo capítulo del libro que Rachel Carson publicó en 1962 y que comúnmente se reconoce como el punto de partida del movimiento ecologista. Mi forma de celebrar su cincuentenario ha sido releerlo y plasmar en las líneas que siguen, como apresurado homenaje, unas pocas reflexiones. El encabezamiento previsto para ese capítulo que digo, el dedicado a los efectos devastadores de determinados insecticidas en las poblaciones de aves, pasó acertadamente a titular el conjunto de la obra. Su fuerza metafórica es evidente.

El éxito de *Primavera Silenciosa* deriva de la mezcla de información científica abundante y rigurosa, lenguaje rico y preciso y, quizás principalmente, actitud emocional de Rachel Carson frente a la naturaleza, que aúna extremada sensibilidad y auténtica pasión por los animales y plantas. Esta aproximación cristaliza en una suerte de grito de rebeldía: “para el observador de aves, el habitante del extrarradio que disfruta de los pájaros en su jardín, el cazador, el pescador, o el que gusta de explorar regiones salvajes, todo lo que destruye la vida silvestre, aunque solo sea por un año, le priva de un placer al que tiene legítimo derecho”.

El colosal impacto de los pesticidas organoclorados y organofosforados en la biodiversidad, no solo en determinados insectos-plaga, era algo sobre lo que se habían venido publicando numerosas evidencias desde los años cincuenta. Y muchas de ellas, por cierto, de la mano de ornitólogos. John F. Mehner y George Watson, por ejemplo, en 1959 habían demostrado que la virtual desaparición de los zorzales del campus de la Universidad Estatal de Michigan, estimada en 370 individuos reproductores, se debía al DDT empleado en la lucha contra la grafiosis de los olmos: el consumo de solo once lombrices grandes capturadas en el césped podía matar a un zorzal. Charles Broley, estudioso del pigargo cabeciblanco –el “águila calva” símbolo de EEUU- alertó del alarmante descenso de la población en la zona que él controlaba: de anillar 150 pollos al año había pasado en poco tiempo a no marcar más que uno. Estas aves, como otras comedoras de peces, acumulaban insecticidas en sus tejidos en un proceso de biomagnificación puesto en evidencia, entre otros lugares, en el lago Clear, California, donde la aplicación de DDD para combatir mosquitos había dado como resultado concentraciones de 0,02 ppm (partes por millón) en el agua, 5 ppm en el plancton, 40–300 ppm en los peces comedores de plancton y más de 2.000 ppm en los peces carnívoros y las aves pescadoras, entre ellas el somormujo *Aechmophorus occidentalis* cuyas poblaciones en el lago se desplomaron desde mil parejas hasta solo treinta (E. G. Hunt y A. I. Bischoff, 1960).



El libro de Rachel Carson cosechó un gran éxito de público y también, como su autora y editores temían, críticas feroces y toda una campaña de desprestigio

Todo esto se sabía, al igual que otros muchos efectos desastrosos sobre los seres vivos, mamíferos y humanos incluidos, pero las Administraciones, los políticos, miraban hacia otro lado mientras la poderosa industria química negaba toda evidencia y los ciudadanos asistían asustados e incrédulos a la paulatina pérdida de su calidad de vida. ¿Les suena de algo esto que les cuento? La historia se repite ahora con el cambio climático y con los efectos de la intensificación de la agricultura sobre las aves...

Tuvo que llegar Rachel Carson, con su *Primavera Silenciosa*, para cambiar las cosas. A ella debemos una paciente búsqueda de información en revistas científicas de todo tipo y un enorme esfuerzo para contrastar los resultados y buscar asesoramiento y datos inéditos en la variopinta comunidad investigadora: bioquímicos, entomólogos, ornitólogos, ecólogos, médicos... Y, asimismo, una envidiable capacidad para sintetizar y ordenar los

resultados y presentarlos de forma atractiva y convincente. Su tarea se prolongó cuatro años, con el apoyo por cierto de una rama local de la Audubon Society, la actual representante de BirdLife en EEUU.

El libro cosechó un gran éxito de público y también, como su autora y editores temían, críticas feroces y toda una campaña de desprestigio. Se tachó a Carson de no ser científica, cuando poseía una sólida formación como bióloga, llevaba muchos años en el Servicio de

Pesca y Vida Silvestre y había publicado un par de libros excelentes sobre biología marina. Se la acusó de fanática, y eso que ni siquiera había llegado a solicitar la prohibición del DDT, sino a recomendar su uso medido y prudente, a alertar de la resistencia que desarrollaban las plagas y a recomendar el empleo de otras técnicas complementarias, basadas en la lucha biológica. E incluso se hizo correr el bulo de que, dado que permanecía soltera siendo atractiva, era lesbiana y “probablemente comunista”... Todavía en nuestros días se puede leer que por su culpa se prohibió el DDT, el insecticida más eficaz y barato de la historia, y que de ello se derivaron millones de muertes por paludismo. Toda una falacia: el DDT se prohibió en Estados Unidos solo para uso agrícola y siguió empleándose durante muchos años en los países tropicales afectados por esa enfermedad; países donde su progresivo abandono se debió más bien a la resistencia desarrollada por los mosquitos.

Rachel Carson disfrutó poco del éxito: falleció año y medio después, en 1964, con 56 años, de resultados de un cáncer de mama. No llegó a ver la creación de la Agencia de Protección Ambiental, en 1970, ni la prohibición del DDT, en 1972, ni el paulatino desarrollo de los esfuerzos ciudadanos en pro del medio ambiente. Se llevó, eso sí, el reconocimiento de los amigos de las aves al recibir en 1963 la Medalla Audubon, y la satisfacción de ver que el Comité Asesor de Ciencia del presidente Kennedy había respaldado esencialmente sus tesis. El recuerdo de su figura y su ejemplo pueden y deben seguir acompañándonos.